

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 103

40 Cents.

6 FEBRERO
1927



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.

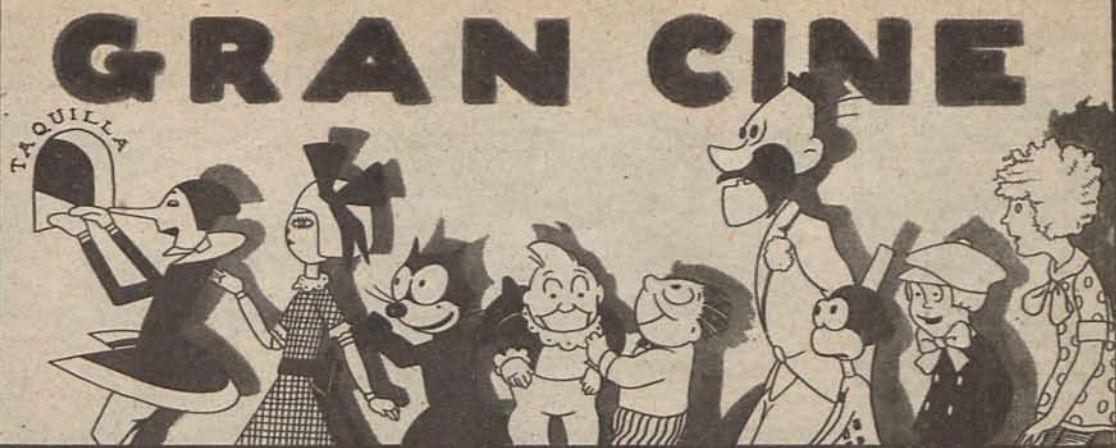


El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



**PROGRAMA
PARA HOY
EN
TIERRA
DE
VAQUEROS**

Sensacional



(Conclusión.)

—Es un estrecho paso cortado en esos murallones de rocas y ahora marchamos hacia él —dijo Tex—. Lo encontré siguiendo el rastro de uno de esos bandoleros, y entonces es cuando me atraparon. Demontres, hay una multitud de ganado en este valle, todo ello robado y en gran parte de lo de Bill Banks.

Miró hacia atrás, como también lo hizo Ken. Los ladrones, que se habían rehecho de su confusión, venían ya a todo escape en persecución de ambos amigos.

—¡Oye, tú, has cogido un caballo de los bandoleros! —dijo Ken, mirando la cabalgadura de Tex—. ¿Dónde está el tuyo?

—Mi jaco fue atrapado por uno de esos granujas —repuso Tex—. ¡Pero ya le recobraré cuando ajuste la cuenta con esa gentuza! Si conseguimos encontrar el paso cortado en el acantilado de rocas, podremos muy bien dejar sitiada a esa cuadrilla de bandidos. ¡Arrea! —gritó con alegría—. ¡Vamos allá.

Pronto llegaron al otro lado del vallecillo, y empezaron a remontarse hacia los escarpados despeñaderos.

Mirándoles Ken con gran perspicacia, logró ver una estrechísima brecha, única entrada al escondido valle de los ladrones.

Llegaban ya a la cortadura del gran acantilado, la cual no tenía más anchura que para el paso de un solo caballo, y los escarpados peñascales casi se juntaban con la parte superior. De pronto llegó a los oídos de Ken el estruendo del galope de unos caballos.

—Están entrando por el desfiladero para bajar al valle —gritó—. ¡Listos! ¡Vamos detrás de esos peñones!

En un momento ambos vaqueros descabalaron y condujeron a los caballos detrás de unas grandes rocas caídas desde la cumbre de los altos peñascos.

Allí quedaban ocultos por completo, y junto a ellas esperaron los fugitivos, que vigilaban cuidadosamente. Mirando hacia atrás podían ver a los bandoleros, que a bastante distancia avanzaban a galope por el valle.

Se iba oyendo cada vez más fuerte el ruido de los cascos de sus caballos. En seguida apareció también ante la abertura de las rocas un indio rojo galopando con gran vigor. Detrás de él aparecieron otros dos. Eran los mismos a quienes Ken había atacado por la mañana temprano.

Veinte de ellos desembocaron en el valle, por el cual siguieron sin figurarse siquiera que tan cerca dejaban dos enemigos.

—Pronto se encontrarán con sus compadres blancos —exclamó Ken—. Vamos a preparar nuestra huida, Tex.

Llevando sus caballos por las bridas salieron del escondrijo y se metieron por la estrecha cortadura que atravesaba el acantilado.

De pronto llegaron desde el valle ásperos gritos mezclados con el terrible grito de guerra de los facinerosos pieles rojas.

—Ya están juntos. Ahora se pondrán en marcha para buscarnos —exclamó Tex.

—Que vengan; estoy dispuesto a pelear con ellos —replicó Ken.

En aquel momento se podían ver perfectamente tanto las oscilantes palmas de los indios como los rostros blancos de los foragidos.

Avanzó Tex agazapado y disparó los dos tiros de su escopeta, resguardándose en el acto tanto él como Ken. Oyóse un grito de dolor y en seguida la cuadrilla de bandidos, viendo que no podrían asaltar a los dos vaqueros sin serias pérdidas, se dispersaron para atrincherarse. Por la cortadura entraron en seguida varios balazos, cuyos proyectiles pasaron muy cerca de los dos amigos.

—Me parece, Tex, que voy a conseguir que se detenga esa gentuza —dijo Ken, que sacó de sus bolsillos los cartuchos explosivos de dinamita encontrados por él en el túnel.

—¿Qué es eso? —preguntó Tex lleno de curiosidad, pero

sin dejar de ejercer su atenta vigilancia del desfiladero ni de disparar de vez en cuando.

—Compadre, dentro de un minuto lo verás —repuso Ken—. ¡Voy a embotellar a esos valientes! ¡No dejes de protegerme con tus tiros!

Arrastróse, avanzando sobre sus manos y rodillas, hasta detenerse en un sitio del murallón de rocas, donde se abrían muchas hendiduras. Con gran rapidez atacó en los agujeros o grietas los grandes cartuchos y encendió las mechas. Retrocedió inmediatamente.

—¡Ea, no te duermas! ¡Salta sobre tu jaco y a correr! —gritó Ken, que, sin detenerse, montó sobre su *Relámpago*.

Siguió Tex su consejo, y ambos, uno detrás del otro, galoparon a lo largo del angosto desfiladero.

No habían corrido mucho cuando de la parte de atrás llegó un estruendo ensordecedor. Una enorme bocanada de aire sopló, llenando el pasadizo y haciendo tambalearse a los caballos, que relincharon muy atemorizados.

Un crujido espantoso y tonante y el estrépito de centenares de toneladas de roca que se derrumbaban estremeció a los vaqueros, que espolearon, frenéticos, a sus caballos; pero que sin querer miraron hacia atrás.

El estrecho desfiladero, en la parte que se extendía a sus espaldas, aparecía ya completamente relleno por los trozos de rocas. La explosión de los cartuchos había sido bien eficaz.

Los peñascales volaron, cayendo sus pedazos hacia adentro, al pie de los murallones del desfiladero.

—¡Hurra! ¡Ya tenemos presos a los criminales! —gritó Ken—. No podrán salir de su encierro si no les ayudamos. No fué mala idea la de guardarme esos cartuchos en mis bolsillos.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó a Tex al verle bregar con la silla en que montaba.

—Es que hay algo en las bolsas de esta silla que incomoda de un modo atroz —dijo Tex—. Voy a ver si lo saco de aquí.

Diciendo esto pudo levantar el faldón de la silla y tiró de un paquete de billetes de Banco.

—¡Caracoles! ¡Vaya un encuentro! —murmuró—. ¡Mira, mira, Ken, si aquí hay una fortunita muy apanada!

Abrió Ken sus ojos muy asombrado y le contó a Tex su encuentro con el viejo Jon y la historia del saqueo que aquél había sufrido.

Para más certidumbre resultó que muchos de los billetes estaban apretujados dentro de una alforjilla o cartera que llevaba bien claro el nombre de Jon. No cabía, por lo tanto, la menor duda respecto de aquel dinero. El caballo del malhechor que había cogido Tex al escapar, llevaba los productos del saqueo.

—¡No cabe duda, compadre, que hoy hemos hecho un montón de cosas buenas! —exclamó Tex—. Estoy contentísimo de que hayamos recobrado el tesoro del pobre viejo. ¡Ea, muchacho, vamos a escape a la Ranchería de la Plata a darle el alegrón.

Encontraron al viejo Jon en la ranchería cuando llegaron. No encontraba el abuelo palabras bastantes para ponderar su gratitud a los jóvenes vaqueros. Acudieron al juez de Rockville, y una fuerte patrulla, conducida por Ken y por Tex, se encaminó hacia el valle de los bandidos. Se abrieron camino hasta el túnel por medio de barrenos con dinamita, y no tardaron en capturar a la peligrosa partida de bandoleros.

—¡Todo se debe a ti, viejo camarada! —murmuraba Ken después, cuando acariciaba el aterciopelado frontal de su buen *Relámpago*—. ¡Si no hubieses llegado tan a tiempo en mi auxilio, hubiésemos quedado prisioneros en el escondido valle de los bandidos y el abuelo Jon se hubiera quedado sin un cuarto!

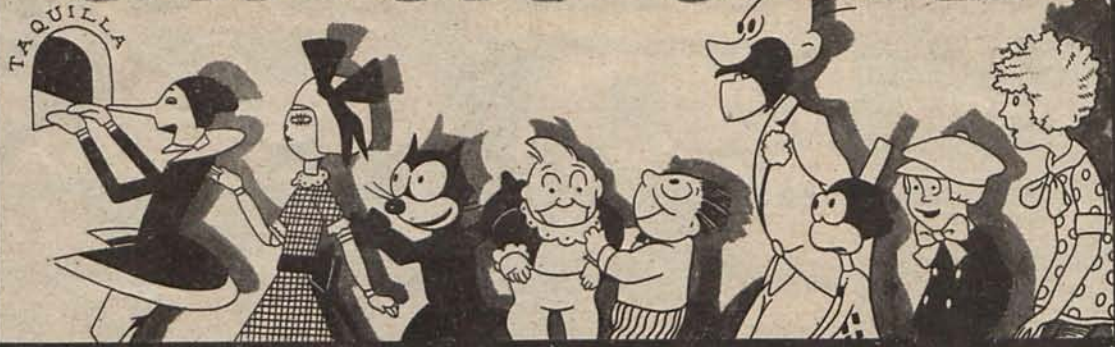
¡¡HA TERMINADO!!

**PROGRAMA
PARA HOY**

**POR —
UNA
HERENCIA**

Sensacional

GRAN CINE



Una joven en peligro.



AMINABA Colin Wood en dirección al *Huracán*, a la sazón anclado en el puerto de El Sara cuando llegó a sus oídos un agudo grito de mujer. Aceleró el paso y vió en una bocacalle de dicho puerto a dos corpulentos árabes que sujetaban a una mujer joven. Sin esperar más, fué Colin hacia ellos y les dió tan fuertes golpes que cayeron rodando por tierra. Levantáronse a poco y huyeron con toda la rapidez que sus piernas se lo permitían.

La mujer, que era una muchacha rubia, aún temblaba de espanto y se volvió agradecida exclamando en un inglés mal pronunciado:

—¡Oh, gracias! ¡Mil gracias! ¡No sé como...! La agitación la impidió continuar.

—No tiene usted por qué dárlos.

—¿Cree usted que esos dos hombres trataban de robar, señorita?

—No lo sé —respondió la joven cuyo acento indicaba que era francesa—; hace tiempo que vivo en El Sara y nunca me ha sucedido nada parecido; tanto, que jamás tuve miedo de salir sola.

—Pues no es prudente andar sola por estos sitios; por lo tanto, permítame usted que la acompañe hasta su casa.

—Muchas gracias; ya no es necesario porque estoy aquí yo —dijo una voz a su lado y Colin se encontró frente a un muchacho alto y rubio.

—Esta muchacha es mi hermana, y yendo conmigo no tiene nada que temer.

—Siéndole así... me retiro —se apresuró a decir Colin Wood.

—¡Ah!, pero no será sin que antes sepa André lo valiente que ha sido usted —dijo la francesita.

Colin Wood no quiso quedarse oyendo las alabanzas de la joven y despidiéndose con una sonrisa y un saludo militar continuó andando hacia el puerto. A media noche se recibió en el barco un aviso telegráfico para que saliesen inmediatamente con rumbo a otro puerto que distaba doscientas millas de El Sara. A punto de zarpar, y hallándose el Capitán en el puente, oyó una voz del vigía que le puso en guardia.

—¡Hay un objeto moviéndose en el agua, a proa, Capitán!

En seguida un reflector dirigió su potente luz hacia aquel sitio iluminando a cincuenta metros del barco un objeto que el oleaje movía. Era una joven que agarrada a una boya agitaba un brazo desesperadamente como haciendo señales al barco. ¡Era la francesita rubia a quien había rescatado unas horas antes! Un bote cogió a la joven, la cual fué conducida al buque.

—¡Ay, Capitán! ¡Gracias a Dios que me ha visto usted! —murmuró la joven con agradecimiento— ¡Ya comenzaba a desesperar de que ustedes me salvaran!

—¿Quién iba a esperar encontrarla a usted agarrada a una boya en el mar? Estoy deseando saber por qué motivo se encontraba usted ahí!

—Voy a contárselo a usted todo.

Y precipitadamente, y con su original acento, la francesita contó a Colin una historia un poco extraña.

—Me llamo Jean Margot, y hace seis meses que vivo en El Sara con mi hermanastro André y una tía mía que se ha muerto de repente hace quince días. Esta noche estando en casa sorprendí una conversación de André con aquellos dos hombres que trataban de robarme cuando usted me vió, y les decía que volviesen por la noche para llevarme entonces.

—¿Y no sospecha usted el motivo? —preguntó Colin.

—No —respondió la francesa encogiéndose de hombros—, pero quedé muy atemorizada; y decidí huir de casa por la ventana. Como no tengo ningún amigo en El Sara pensé en acudir a usted a pedirle ayuda. Para ello me metí en un bote en el muelle y fui remando hacia el *Huracán*; ya demasiado tarde, vi que el bote donde yo iba sin duda estaba averiado, porque se hundió cuando estaba cerca de la boya... ¡Esta es mi historia, Capitán!

Colin Wood sospechó desde luego que alguien tramaba un funesto complot contra ella.

—Sí, como usted dice, no tiene ningún amigo en El Sara, creo que la única solución es llevarla a usted a Musrra, un pueblecito de la costa que está a cinco millas de aquí y donde hay un Cónsul francés conocido mío que puede prestarle a usted ayuda.

Jean Margot pareció muy conforme con este plan, y poco después quedaba confiada al representante del Gobierno Francés de Musrra.

La señal desde las rocas.



Dos días después volvía el destructor a El Sara. Al llegar a tierra quedó sorprendido al ver en el muelle al Cónsul francés de Musrra que, acompañado de dos miembros del consulado, iba a su encuentro.

—¡Mr. Wood! Al enterarme que llegaba hoy el buque he corrido a verle a usted —exclamó el Cónsul—, pues estoy muy preocupado por la muchacha que ha dejado usted a mi cuidado.

—¿Qué...? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó Colin vivamente.

—No lo sé; el caso es que ha desaparecido.

—¿Caramba! ¿Cómo ha sido eso?

—No sabemos. Un día salió de casa y no la hemos vuelto a ver.

—Yo creo —dijo Colin—, que lo primero que hay que hacer es buscar una pista. Tomaré unos cuantos hombres de mi barco y la buscaremos nosotros mismos sin dar cuenta a la policía por ahora.

Inmediatamente púsose en marcha la caravana y dejando atrás la ciudad salieron a una abrupta campiña que se extendía entre el puerto de El Sara y el de Musrra. Los marineros caminaban de prisa, pero buscando siempre algún indicio que les llevara al sitio donde había tenido lugar el atraco. No habían andado un par de kilómetros por la carretera, cuando al llegar a un paraje montañoso encontraron un tacón de zapato de mujer incrustado en el barro seco. Un poco más allá hallaron un guante con las iniciales J. M.

—Ya hemos encontrado el sitio en donde sin duda, se ha efectuado el atraco —exclamó Colin Wood—. Ahora reconozcamos estas montañas.

Dispusieron a hacerlo, y después de trepar por un trozo de la escarpada pendiente, la atención de todos se concentró en un saliente de roca que emergía hacia la mitad de la montaña. Porque encima de este saliente apareció el busto de una mujer. Solo estuvo a la vista de ellos unos segundos; inmediatamente tiraron de ella unas manos. Todos corrieron hacia allá empujados por el mismo impulso y todo lo rápidamente que el terreno se lo permitía.

Al llegar junto al saliente, Colin Wood les mandó detenerse mientras iba él delante a explorar. Llegado a lo alto encontró una cavidad en la que habían armado cuatro tiendas de campaña. Al lado de una roca vió a Jean Margot tirada en tierra y atenazada por un árabe de tez pálida y largas barbas negras. Otros cuatro árabes gesticulaban y la amenazaban con los puños. A una señal de Wood todos cayeron sobre los árabes asestándoles terribles puñetazos y sin darles tiempo a usar los fusiles. En un instante los cinco árabes quedaron maniatados. En la refriega, uno de ellos perdió las barbas, precisamente el que sujetaba a Margot, y que no era otro que su hermanastro, disfrazado con aquel traje.

Por la declaración de André se supo que, muerta la tía de ambos hermanastros, Margot entraría en posesión de una cuantiosa herencia. Mas si no se presentaba al cabo de un año en París a recogerla, la herencia pasaría a propiedad de André.

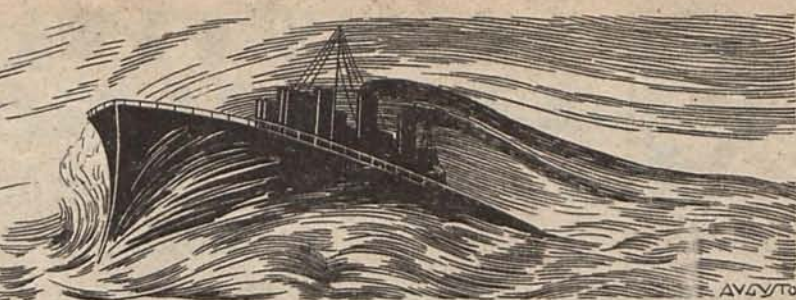
Escusado es decir que tanto André como sus cómplices ingresaron en la cárcel.

Jean salió para Francia al día siguiente, y toda su vida guardará un profundo agradecimiento a Colin Wood y a los valientes hombres del *Huracán*.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

Su nave fué provista de todos los medios más perfectos y terribles de destrucción; posee además un nuevo propulsor que le permite aumentar tanto su velocidad, que puede desafiar con absoluta confianza la persecución de cualquier flota.

¿Esto os asombra?

¿Os preguntáis cómo ha podido conseguir tantas cosas sin medios, sin arsenal, sin talleres?

Os engañáis: *El Crucero sin nombre* tiene su puerto de refugio y de aprovisionamiento, un arsenal para reparaciones y muy buenos talleres.

¿Dónde?... En una isla aún desconocida y que nadie podrá descubrir al mundo civilizado, porque su acceso está defendido por minas submarinas fijas que harían añicos al barco que intentase penetrar su secreto.

Allí Alberto Wendover hizo adaptar a su crucero, según planos suyos, el nuevo y admirable propulsor.

A fin de que no pedáis pensar en que os cuente una cosa inverosímil, os explicaré en qué consiste. Soldado al eje que pone en movimiento la hélice de popa, hay otro eje que se prolonga hasta el tajamar del barco, saliendo algunos metros al mar en forma de una enorme espiral.

Este nuevo eje, funcionando al mismo tiempo que el eje de la hélice, con las mismas vueltas vertiginosas engendradas por la máquina motriz, transmite a su vez el mismo movimiento a la espiral, la cual desvía una gran cantidad de agua produciendo un vacío delante de la proa, disminuyendo la resistencia del agua y aumentando, en la misma medida, la velocidad del buque.

Durante esta explicación, el capitán Davy había levantado varias veces la cabeza para observar el semblante de su interlocutor.

Pero éste se mantenía siempre tranquilo e impasible cual esfinge que no deja transparentar nada de la marmórea inmovilidad de sus líneas. Luego prosiguió:

—Dueño absoluto del mar, Alberto Wendover no cesaba un momento de pensar en su venganza.

Es un sentimiento horrible, diréis; pero el antiguo joven honrado y bueno había concluido, habíase convertido en un cuerpo movido por una máquina y esta máquina era el odio.

Sabía que el hombre a quien debía la infamia de su condición actual era feliz y en camino de conquistar riquezas y honores.

Entonces se propuso herirle con la misma arma que aquel miserable le había proporcionado, precipitándole desde lo alto de una posición ya envidiada en el fango y en la miseria.

Después de lo dicho, creeréis que Alberto Wendover es el último de los malhechores que viven sobre la tierra o sobre el mar; supondréis que asalta las naves, las desvalija, las echa al fondo y hace ahorcar a sus tripulantes.

Os engañáis.

El comandante de *El Crucero sin nombre*, ya he tenido el honor de hacéroslo comprender, tiene una misión que cumplir y consiste en demostrar a Inglaterra que en la pobre y oprimida Irlanda no todos son esclavos y que los fenianos no están tan anonadados como fingen creer.

Jaime Davy, al poner pie en este barco habréis advertido visibles señales de reciente lucha.

Pues bien, el que la comenzó duerme ahora en los abismos del Océano Pacífico.

Era una fragata inglesa.

Entonces el capitán Davy se levantó espantosamente pálido y agitado por un temblor nervioso.

—Caballero —dijo, mirándole de una manera sombría—, poco antes de ser recogido por este barco, mi marinero Patrick y yo vimos en el horizonte dos buques; algunos instantes después uno de ellos desaparecía envuelto en llamas entre una nube de humo.

Aquel buque era...

—La fragata inglesa de que os acabo de hablar.

El capitán Davy avanzó algunos pasos, acercándose a su interlocutor, que no se movió.

—¿Este barco ha sido, por tanto —repuso éste—, el que ha echado a pique al otro?

—Lo habéis adivinado.

—¿Y se llama este barco?...

—*El Crucero sin nombre*.

El capitán Davy se apoyó en un mueble para no caer.

—Alberto Wendover —prosiguió sordamente—, he escuchado con atención vuestro relato.

Oídmelos ahora: Yo poseía dos naves que, a diferencia de la vuestra, tenían un nombre, para mí muy querido el uno y el otro reverenciado por todo buen inglés.

Estos dos nombres eran *Miss Ellen* y *Reina Victoria*.

Un día se me anunció que las dos habían sido hundidas por un buque de guerra.

Sé que fuisteis testigo de aquel hecho.

—En efecto, estaba presente.

—¿Queríais decirme cómo se llamaba aquel buque de guerra?

—Lo sabéis, caballero.

—No importa, deseo oírlo de vuestra misma boca.

—Está bien; era *El Crucero sin nombre*.

—¿Visteis también al hombre que dió orden de hundirlas?

—¡Vive Dios!, era muy allegado a mi persona.

—¡Ahl ¿y era?...

—Alberto Wend...

—¡Miserable asesino! —prorrumpió el capitán Davy en el colmo de la rabia y la desesperación, lanzándose sobre el joven e intentando agarrarle por el cuello—. Es tu último delito, porque...

Mas la frase terminó en un grito de angustia; el pavimento había cedido bajo sus pies y sintió que su cuerpo se precipitaba en el vacío.

Desapareció.

¡El indigno Black, acurrucado en un rincón, seguía elaborando su homérico banquete sumido en un profundísimo sueño.

III

[MOP TIENE MIEDO]

ALBERTO salió de su misterioso camarote sin mostrar en su semblante, pálido y severo, la más leve alteración por cuanto había sucedido.

Subió a la cubierta del crucero y se puso a observar el estado del tiempo.

Circundábale la noche oscura y caliginosa; en el cielo negros nubarrones se perseguían a la luz fugaz de algún relámpago que aparecía en el horizonte semejante al disparo luminoso —perdóneseme la extraña comparación— de un gigantesco fusil.

Habíase desatado un fuerte viento del norte y el océano comenzaba a agitarse como un tropel de monstruos informes que hubiesen allí acudido para protestar tumultuosamente contra aquella nave soberbia y gallarda que se atrevía a pasar por medio de ellos, velozmente, sin preocuparse siquiera de pedirles permiso.

El joven comandante permaneció durante algunos instantes solo y taciturno, cual si experimentase un íntimo alivio contemplando el estado de la naturaleza, tan en armonía con el de su agitado corazón; llegóse luego a la rueda del timón y corrigió levemente la dirección al que estaba de guardia.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI:

Los pescadores de ballenas. Un tomo.
Invierno en el Polo Norte. Un tomo.
La Soberana del Campo de Oro. Un tomo.

CADA TOMO,
1,25 pesetas.



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Pasaron los tres días y Haicar se encaminó al palacio del rey. Ya lo esperaban en las puertas para conducirlo, según las ceremonias de la etiqueta, ante el trono sobre el cual estaba sentado Faraón, revestido con un manto de púrpura bordado de oro y enriquecido con pedrerías. Todos los grandes del reino formaban alrededor del monarca una corte brillante y magnífica.

El ministro asirio saludó respetuosamente y esperó, con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho, a que le dirigiesen la palabra.

—Abicam —le dijo el rey—, todo es enigmático en el Universo; cada objeto que se ve oculta una verdad importante. Dirige tus miradas hacia mí y alrededor de mi trono; ¿a quién me parezco en medio de mi corte?

—Señor —respondió Abicam—, yo estoy aquí sorprendido como lo estaría si el velo que cubre las divinidades del país de donde vengo, cayese y viese con mis propios ojos al dios Bel rodeado de todas sus potencias.

El rey de Egipto quedó satisfecho de esta respuesta y dió orden de que se revistiese al embajador con uno de los más espléndidos trajes que hubiese en su palacio, y señaló la misma hora del día siguiente para continuar sus preguntas.

El rey lo esperaba vestido de blanco y sus cortesanos de diferentes colores poco brillantes.

—¿Qué ves aquí, Abicam? —preguntó Faraón.

—Veo, señor, las tierras del fértil Egipto incultas, resacas, sin señales de vegetación, esperando los tesoros que se van a fundir de las altas montañas de Etiopía. Esta es la imagen de la corte de que estás rodeado. Tu amplio turbante figura las nieves vivificadoras, sobre las cuales parece que se apoyan los cielos. Tus ojos y tu boca son las fuentes bienhechoras que van a repartir a lo lejos las aguas nutritivas. Tus manos derramarán, como las bocas del Delta, tus riquezas superfluas, y todo lo que respira tomará un nuevo ser.

Apenas terminó la respuesta, un movimiento general de admiración se dibujó en todos los rostros. Faraón, luego de haber dado al enviado de Sinharib un vestido mucho más rico que el anterior, señaló una tercera audiencia para el día siguiente.

Haicar encontró al soberano tan deslumbrador de pedrerías, que era casi imposible mirarlo fijamente; sus visires también estaban cubiertos de piedras preciosas. El efecto de tanta luz obligó al embajador a bajar los ojos; Faraón, aprovechándose de este deslumbramiento, le preguntó:

—Sabio asirio ¿qué sensación experimentas?

—Yo me despierto tarde —contestó el enviado—; mis ojos, recién salidos de las tinieblas que los envolvían durante el reposo, no están familiarizados todavía con el resplandor del sol, cuya imagen me representa Vuestra Magstad. Mas, pasando la mano por mis ojos, yo estoy en disposición de contemplar y de reconocer, con los adornos del Zodíaco, a los siete planetas que toman su luz del astro que ilumina al mundo.

Faraón dejó escapar un grito de admiración; pero aún no era tiempo para que él se declarase vencido. Aun cuando el enviado de Asiria le satisficiera plenamente en todas las preguntas que le podía hacer, el palacio aéreo quedaría siempre por construir y el monarca egipcio sería siempre el que impondría las leyes, lejos de recibirlas. Sin embargo, para someter a nuevas pruebas la sabiduría de Abicam, le habló así:

—Tú me has dado sucesivamente tres respuestas de que yo estoy satisfecho; mas después de haber demostrado bien las alusiones al brillo que me rodea, ¿a quién podías comparar a tu rey Sinharib?

—¡Señor! —contestó Abicam—. Yo jamás he elevado tan alto mi pensamiento. Esta empresa, completamente nueva, sobrepasa mis esfuerzos; me es casi imposible coger al mismo tiempo todas sus relaciones, porque no hay ni una sola bajo la cual no lo pueda mostrar el aspecto más brillante. Amigo de la paz, es mi rey como el viento del Sur que, cuando nada se le opone, apenas si riza la superficie de las ondas. Pero si el viento Norte quiere disputar su gloria, entonces, conociendo sus fuerzas, precipita las tempestades; el relámpago brilla en el fondo de la atmósfera; el rayo cae con estrépito; las olas del mar, alborotadas, van a estrellarse contra las rocas, a minar la tierra en sus fundamentos.

Estas palabras de Haicar, semejantes a la tempestad que acababa de describir, causaban espanto; el rey de Egipto

y su corte se aterraron, sorprendidos de admiración; y Sinharib se vió levantado en el alma de todos los presentes, a la altura de las bóvedas del palacio del Cairo. Un profundo silencio dió testimonio del talento del orador y de la consternación del auditorio; arrastrado por su entusiasmo, y a pesar de la grandeza temible bajo la cual había pintado a su soberano, Haicar no ofendió a nadie. Portador de palabras de paz, debía de hacer comprender la guerra; se le habían dado los medios, sin que él lo hubiese presentado, de mostrar que las fuerzas de su rey y señor no eran despreciables.

El orgullo de Faraón se había rebelado de que se le hiciese entrever un rival sobre la tierra; la presencia sola del embajador asirio le demostraba la posibilidad.

—No se cuenta a los hombres como a los animales —se decía en su interior—; un camello no puede valer lo que otro camello; pero el hombre que yo tengo ante los ojos vale por un ejército entero. El discurso que acaba de pronunciar sería en boca de cualquier otro de la mayor temeridad; en sus labios, no obstante, resulta sublime de valor.

Después de tales reflexiones, ordenó que se aumentara todavía magnificencia a los vestidos con que deseaba honrar a Abicam, y luego le dijo:

—Mañana volverás, Abicam; tengo todavía que proponerte una cuestión sobre la cual debes responderme. Las reclamaciones que yo he hecho a Sinharib no pueden quedar vanas, ni el calor de tu celo asustarme acerca de la resistencia que él pueda oponerme. Si tú sales vencedor en todo, consideraré tu triunfo como un favor del cielo, que sabré respetar; pero si yo llevo ventaja, sea en lo que fuere, nada podrá detenerme en la consumación de mis derechos.

—Yo reclamaré los míos cuando estén esclarecidos —replicó Haicar.

Y se iba a despedir por cuarta vez del rey, cuando vinieron a anunciar al supuesto Abicam que un correo llegado de Asiria traía un despacho para el rey de Egipto. Haicar pidió permiso para que se le acercase el correo, recibió la carta, la puso respetuosamente sobre su pecho y sobre su cabeza y la entregó al soberano, a quien iba dirigida. Faraón la abrió y vió que estaba concebida en estos términos:

«SINHARIB, REY DE ASIRIA, A FARAÓN, REY DE EGIPTO»

«Cuando presiden la razón y la buena fe, no hay diferencias que no se arreglen.»

Puesto que mi servidor Abicam está cerca de ti, él satisface sin duda tus deseos y supongo que estarás tan contento de él como lo estoy yo, que no deseo más que la paz y tu amistad, con la cual cuento ya como si me la hubieses prometido. Quisiera yo, hermano mío, estar tan tranquilo respecto de todos mis vecinos; pero tengo algunos más ambiciosos que prudentes; las luces del espíritu no penetran por todas partes. Trabajo en poner las fuerzas de mi nación en un pie respetable para que ellas puedan hacer a estos vecinos que se arrepientan de la más ligera infracción de los tratados que tenemos hechos; pero necesito novecientas libras de oro para concluir de pagar sesenta mil carros de guerra que he mandado equipar. Yo te ruego que me adelantes esta suma; entrégasela a mi embajador. Esta señal de tu confianza te granjeará cada vez más mi estimación.»

Haicar había llevado a Faraón de sorpresa en sorpresa por la sabiduría y firmeza de sus respuestas; Sinharib la aumentó aún por su carta. Era una prueba elevada de que el monarca asirio no tenía inquietud alguna acerca de todo lo que pudiera exigirse a su enviado, que se consideraba vencedor en el desafío propuesto. Hacía contemplar, por otra parte, una pujanza bastante temible hablando de sesenta mil carros de guerra como de un aumento hecho a sus fuerzas militares. No era así como Nadán había hablado a los embajadores de Faraón; el rey de Asiria parecía no haber proyectado construir más que cuarenta mil carros y no creían que el príncipe pudiera llegar a disponer de esta cifra. Pero, lejos de esto, la carta de Sinharib hacía mención de sesenta mil y pedía novecientas libras para subvenir a este enorme gasto, que consideraba una bagatela. En cualquier otra circunstancia Faraón hubiera podido contemplar tal jactancia como un juego político; pero ahora estaba decidido a dar plena fe a la carta por la única consideración del ministro que la presentaba.

(Continuará en el número próximo.)

EL AGUILA BLANCA

POB EMILIO SALGARI

(Conclusión.)

Y no era esto todo: también los víveres empezaban a faltar por estar el almacén de provisiones inundado por el agua.

Pusieronse a ración para no morir de hambre o verse obligados a comerse unos a otros como los náufragos del *Medusa*.

Entretanto, el frío seguía aumentando por subir continuamente el barco hacia el norte, y al llegar el décimoquinto día, los infelices vieron aparecer con angustia los primeros bancos de hielo.

Encontrábanse en las aguas del Océano Ártico, y ya les quedaban pocas esperanzas de encontrar algún barco por no recorrer los balleneros aquellos mares sino durante la primavera y el verano.

Las aves polares mostrábanse ya numerosas en torno del barco. Pasaban los grandes albatros blancos, con alas inmensas, gruñendo como cerdos; más tarde vieron bandadas de gaviotas, mientras aparecía en el mar de vez en cuando algunamonstruosa ballena.

A los pocos días empezaron a desencadenarse las primeras tempestades. Olas colosales que bajaban del Océano Ártico rompíanse de cuando en cuando contra el buque, amenazando desbaratar la carga y destrozarse todavía más la proa.

Aquellos desdichados, medio hambrientos, temblando de frío porque sus baúles conteniendo los trajes de abrigo estaban también bajo el agua, desesperados por completo, esperaban la muerte como un alivio a sus desventuras y ya no se aterrorizaban cuando algún banco de hielo embestia al barco, amenazan-

El capitán y los oficiales esforzábanse en reanimar a aquellos infelices. Habiendo salvado unos cuantos fusiles y algunas libras de municiones, hacían provisiones para el almuerzo y la comida matando las aves marinas que pasaban por encima del barco.

El vigésimo día el *Escocia*, que resistía maravillosamente a los fuertes ataques de las olas lo mismo que a las sacudidas de los bancos de hielo, tropezó con un bajo. Como en aquel momento había mucha niebla, el capitán no pudo darse cuenta en seguida del lugar donde había quedado parado el barco. El hecho era que no seguía navegando y que permanecía completamente inmóvil, dejándose barrer por los golpes de mar sin ser levantado por aquellos empujones.

—¿Qué tierra cree usted que pueda ser la que nos ha detenido, capitán? —preguntaron los marineros rodeando a su jefe.

—Seguramente no es la costa noruega —dijo un oficial.

—No, no es posible —contestó el capitán—. No puede ser más que la Isla de los Osos.

—¿Es habitada por alguien? —preguntó un marinero.

—Sí, por los osos blancos y los pájaros marinos. Pero es mejor que nos encontremos en tierra firme que sobre este barco, que de un momento a otro puede hundirse bajo nuestros pies. Valor, muchachos. Los balleneros, en cuanto empiecen a desaparecer los hielos, vienen a cazar focas y morsas y nos recogerán.

—¿Y hasta entonces cómo viviremos? —preguntó otro marinero.

—De caza, y ya veréis cuánto abunda. Esperemos que la niebla se levante y empezad a derribar las camaretas, porque la leña es para nosotros tan necesaria como el pan.

Aunque las olas se rompieran frecuentemente sobre cubierta, dejando pedazos de hielo e inundándolo todo, los marineros, alentados por las palabras tranquilizadoras del capitán, empezaron a manejar las hachas y derribar todo lo que estaba a su alcance, poniendo la leña en salvo en la cámara del castillo a fin de que el mar no se la llevase.

Hacia las diez de la mañana del día siguiente, un marinero, que había subido a la verga más alta del palo mayor, lanzó el grito tan esperado de la tripulación:

—¡Tierra! ¡Tierra!
—¿Dónde? —preguntó
el capitán.

—Por la proa.

—¿A qué distancia?

—A un cable.

—¿Qué es lo que ves?

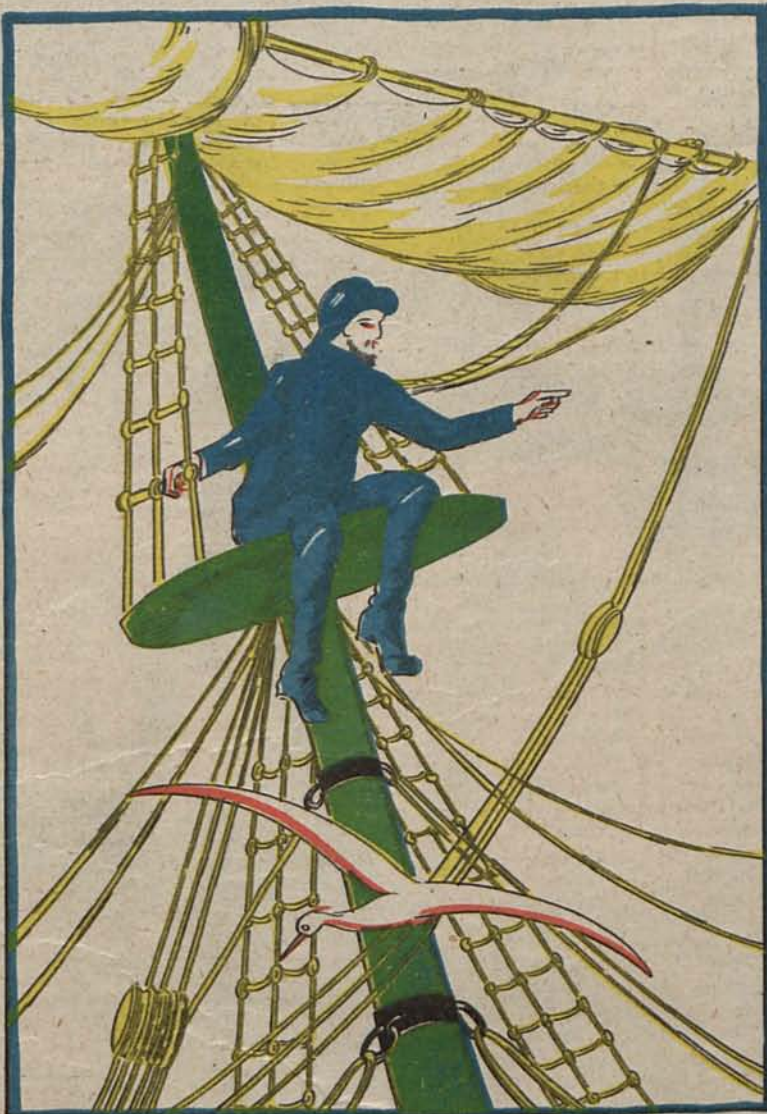
—Tres montañas, capitán.

—No me había equivocado —dijo el capitán volviéndose hacia los marineros—. La isla de los Osos tiene precisamente tres picos. Dentro de poco estaremos en lugar seguro.

La niebla, que había bajado tanto sobre el mar, al extremo de permitir al marinero el poder distinguir la tierra desde lo alto del palo mayor, poco a poco se iba desvaneciendo ante las vigorosas rachas del viento polar.

Hacia mediodía abandonó aquellos parajes, acumulándose hacia el sur y apareció a los ojos de los marineros una isla dominada por tres montañas.

No era ciertamente la tierra prometida, pues más bien le cabía el nombre de tierra de desolación. Sus costas, altísimas y escarpadas, y sus alturas estaban cubiertas de nieve y de enormes masas de hielo, y sólo se descubrían inmensas bandadas de aves marinas, revoloteando por encima de las rocas, en donde tenían sus nidos.





Una punta de aquella isla, que se extendía hacia el mar unos kilómetros, había detenido al barco en su vagabunda carrera, permitiendo de este modo a los marineros el poder desembarcar sin necesidad de tomar un baño, de ninguno de ellos deseado con aquel frío intenso que hacía castañear los dientes de todos, sin excluir al capitán.

Temiendo que la nave fuese destruida por las olas, que rugían siniestramente entre los escollos, los marineros se apresuraron a hacer leña de cuanto quedaba sobre cubierta, recogieron velas y cuerdas y se apresuraron a desembarcar todo aquel precioso material, que, como el capitán había dicho, tenía más valor que el pan.

Emplearon toda la jornada y buena parte de la noche en acumularlo sobre la playa, y fué una gran fortuna para ellos, porque durante las primeras horas de la mañana siguiente el mar se puso imponente, destrozando poco a poco el pobre barco.

Un día después el *Escocia* había desaparecido. Sin embargo, la resaca había arrojado sobre la costa un número inmenso de tablores de pino y de abeto que los marineros se apresuraron a recoger.

Como el frío era intensísimo, trataron de construir un buen refugio en lo alto de una roca para poder dominar el mar, pues sólo de allí esperaban la salvación.

Con la madera y las velas que tenían a su disposición construyeron una cómoda tienda de campaña, poniendo en el centro una especie de hogar, formado con piedras desenterradas de debajo de la nieve.

Así empezó su vida de Robinsones. El capitán y los oficiales, cuando el día no era muy tormentoso, salían de caza, matando, ora una foca, ora una morsa, pues había en la isla gran cantidad de estos animales, mientras los marineros iban a la busca de huevos de aves marinas, los cuales constituían manjares que si bien no muy agradables al paladar por tener un cierto sabor a pescado, eran muy sustanciosos y les mantenían en muy buena salud.

Así pasaron el largo invierno, quemando los restos del barco y grasa de foca y morsa. Terribles tempestades de nieve se desencadenaban a menudo sobre aquella isla, perdida en medio del Océano Ártico, obligando a los náufragos a permanecer encerrados en su cabaña días y días y a pesar de ello no se lamentaban.

Valía más encontrarse en aquella tierra de desolación que en el fondo del mar, roídos por los ávidos crustáceos y arañas marítimas o devorados por los tiburones.

Por fin llegó la primavera; desvaneciéronse las tinieblas, la nieve empezó a fundirse y aparecieron las focas en grandes bandadas, asegurando a los náufragos copiosos almuerzos y cenas no menos abundantes.

Transcurrió un mes sin que ninguna nave ballenera apareciese por el horizonte.

Y, sin embargo, el capitán estaba seguro de que al llegar el buen tiempo los valientes noruegos se aventuraban hasta allí en busca de colosales ballenas, morsas y focas.

Pasó otro mes y otro mes, Acercóse el verano en vana expectativa. ¿Qué hacer? Todos estaban preocupados y no se sentían con fuerzas para afrontar un segundo invierno, tanto más cuanto que la leña que tenía que calentarles había sido casi consumida del todo.

Tomaron, por fin, una resolución desesperada.

—Construyamos una balsa y tratemos de alcanzar la costa del norte de Noruega —dijo el capitán, que veía avanzar de nuevo la estación de los hielos—. Tenemos aún un poco de leña, los palos, velas y cuerdas del *Escocia* y los víveres son abundantes.

—¡En marcha!

Aquella proposición, aunque presentaba graves peligros, no fué ni siquiera discutida, porque todos deseaban ardientemente intentar, por lo menos, el regreso a su lejano país, pasase lo que pasase.

Y aquel deseo hizo que los marineros se pusiesen en seguida a trabajar felizmente por no verse cerrada la ruta por los bancos de hielo, que ya empezaban a presentarse hacia el norte.

En cuatro días la balsa estuvo pronta, embarcaron los restos de sus cacerías y confiáronse resultamente al viento y a las olas.

Habiendo desplegado dos velas, en pocas horas perdieron de vista la isla de los Osos, y como soplaban del septentrión ráfagas violentas que imprimían a la balsa una notable velocidad, dirigieron hacia la costa de Noruega. Había transcurrido ya un centenar de millas, cuando un marinero se puso a vociferar como si se hubiese vuelto loco de repente.

—¡Estamos salvados! ¡Una vela! ¡Una vela!

Todos se habían puesto en pie, mirando en la dirección que el marinero señalaba. Era verdad. Un punto blanco surgía en aquel momento de una cortina de niebla y se dirigía hacia la balsa.

Media hora más tarde estaba a escasa distancia y sus tripulantes echaban al mar una embarcación para recoger a los náufragos.

Era un barco ballenero de Bergen que se dirigía hacia la isla de los Osos a cazar focas y morsas.

Los náufragos recibieron la más hospitalaria acogida de aquellos bravos noruegos. Pero viéronse obligados a permanecer a bordo del ballenero hasta el final de la campaña, que duró cuatro meses, y sólo a fines de septiembre pudieron volver a ver las tan suspiradas costas de Europa.

FIN





COLORÍN Y SU PANDILLA



PORQUE NO QUIERO QUE LOS DES-PILFARRES. ESOS DINEROS SON PARA UN TRAJECITO QUE TE HA-CE FALTA.



¡ANDA,DALE AL CHICO SU DINE-RO!;QUE PARA ESO ES SUYO.



¡ESPERAD Y VA VEREIS LO QUE OS TRAIGO!



¡VA VERE-MOS!



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPONEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

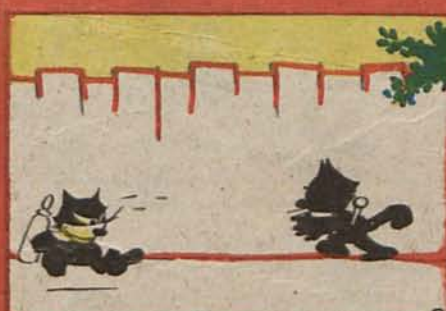
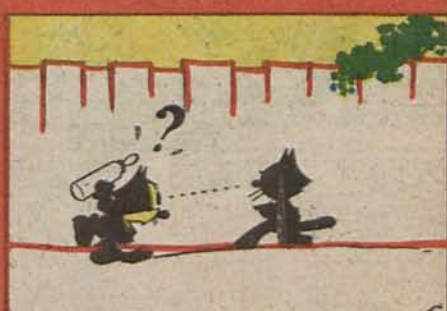


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





POTIPÁN Y CAÑAMÓN



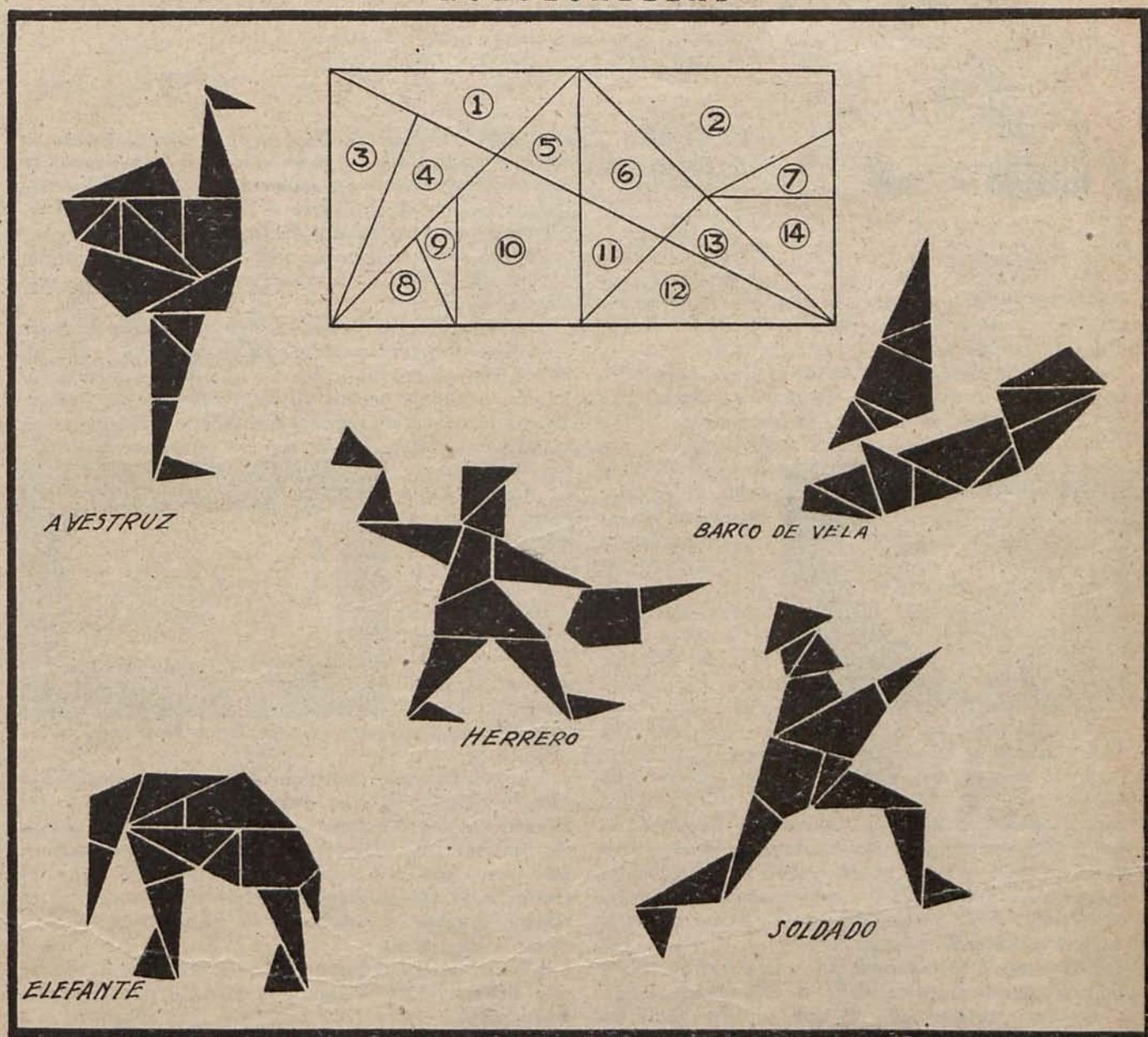
UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPONEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE FEBRERO DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

ROMPECABEZAS



Queridos amiguitos: Deseoso siempre de daros cosas divertidas y nuevas, os presento hoy este rompecabezas originalísimo. Como veis, hay dibujadas cinco figuras en silueta un poco cubista. Estas figuras, que son el *avestruz*, el *barco de vela*, el *herrero*, el *elefante* y el *soldado*, tenéis que construirlas con las catorce piezas de que se compone el rectángulo adjunto. Para ver cómo las habéis construido, mandad la solución de cada figura poniendo en cada pieza su número correspondiente. Para esto os voy a dar un consejo y así no estropeáis el periódico. Calcad cinco veces las catorce piezas y numeradlas. Una vez hecho esto, con cada grupo de las catorce piezas construid una figura, y cuando tengais las cinco bien pegaditas en un papel, me las mandais en unión de todos los problemas del mes y de su correspondiente cupón. Estoy seguro de que seréis tantos los que lo haréis bien, que no sabré a quién dar el primer premio.

¿DÓNDE ESTÁ EL PATITO?



Vosotros, cuando jugais al escondite, os escondeis todos menos uno, que es el que se queda ¿verdad?, y éste tiene que ir a buscaros cuando decís ¡por! Bueno, pues aquí, en este dibujo, es al revés. Uno se esconde y los demás lo buscan. El que se esconde es un pato. ¿Sabreis hallarlo?



SECCIÓN PIRULA

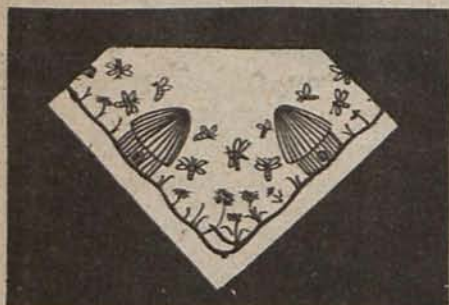
CHARLAS DE PIRULA

Las abejas.—
Pituchí (por Dios,
no me preguntéis

por qué llaman así a mi amiguita Carmen. Ni yo lo sé, ni creo que lo sepa ella, ni es probable que lo sepa nadie) odia las abejas.

Hasta cierto punto, tiene serios motivos para ello, pues una vez tuvo que habérselas con una abeja, y la pobre Pituchí llevó, ciertamente, la peor parte.

Era durante el último verano; Pituchí jugaba un día



en el jardín de la casita de campo, cuando se fijó en una magnífica y perfumada rosa que parecía de terciopelo rojo, y se le ocurrió la idea de cogerla para regalársela a su mamá.

Y he aquí que, en el momento en que alargaba la mano hacia la flor, salió de la corola una abeja y, ¡zas!, sin más ni más, clavó su aguijón en el tierno dedito.

Esta picardía de la alada trabajadora, si mucho le dolió a Pituchí en el dedo, también le dolió en el alma, pues es lo que ella dice: «¿Qué le había hecho yo para tratarme tan mal? ¡La muy tonta, la muy mala, la muy fea! ¿Acaso era suya la rosa? ¿Acaso no tenía yo más derecho que ella a cogerla?»

Toda la familia ha compadecido a la pobre Pituchí y se ha preocupado de la salud del dedito herido; luego han intentado convencerla de que su odio hacia las abejas la llevaba demasiado lejos. «No son feas —ha declarado papá—; al contrario: es precioso su vestido de oro, sus alas transparentes y su talle fino». Y mamá ha añadido: «No son tontas, que ningún insecto las iguala en ingenio, talento y trabajo». Y tita María ha

concluido: «Fíjate, Pituchí, en que a ellas debemos la miel, golosina dulce y sana entre todas, que tanto te gusta extender sobre las rebanadas de pan y manteca, que mojas en el chocolate o en el café con leche». Siempre práctica, chacha Pepa, que asistía a la conversación, ha terciado en ella: «¿Pues y la cera que hace brillar los suelos, a quién se la debemos más que a las abejas?»

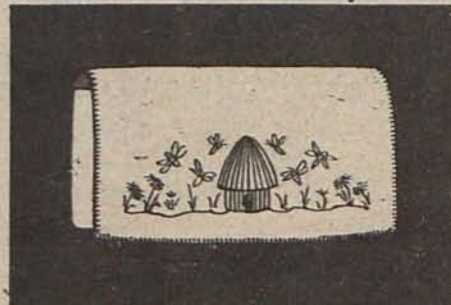
Y todos ellos tienen razón; bien merece un poco de respeto y de agradecimiento un insecto que nos hace tantos regalos —aunque sea sin querer—, y bien se le pueden perdonar ciertos movimientos de mal humor, algo dolorosos para quienes los padecen (Pituchí tiene la palabra). Pero Pituchí no se convence y declara

rotundamente que antes que reconocer ningún mérito a las abejas prefiere prescindir de miel (sustituyéndola por mermelada, claro está) y pisar toda su vida suelos de piedra (solamente en verano; para el invierno prefiere las alfombras).

Yo me he propuesto, sin embargo, reconciliar a Pituchí con las abejas; acordándome de que la tal Pituchí es una bordadora insigne y domina el punto de cadeneta, he ideado un motivo que, realizado en este punto tan fácil y divertido y rodeándole con un festón, todo ello en algodón de bordar, constituye un adorno gracioso y original para mantelerías de desayuno o de campo.

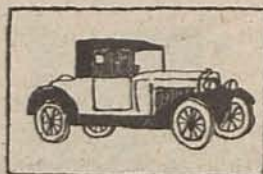
Como veis, aparecen en él las abejas, las flores de que extraen el dulce jugo y la colmena donde labran sus panales.

Celebraré que os guste; y si la propia Pituchí —como lo espero— se decide a reproducir esta imagen de sus implacables enemigas, ¡qué triunfo habré logrado!



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO



Un «Fiat».
G. MONJZ.—Diez años.



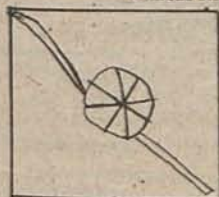
Pedro y Pepe van de paseo.
L. R. B.



Ricardo Alis y Zabala.
MANUEL SALVADORES.*



Mis tíos los del pueblo.
MANUEL NIETO.—Diez años.



Un cañón.
EMILIO MUÑOZ COBO.
Nueve años.



Mi muñeca Lulú.
E. H. R.
Diez años.



Pinocho.
JOSÉ LUIÑA.
Once años.



Mi amigo «Tonin».
AGUSTÍN MORA.
Diez años.

Cuento.

Jugando estaban una hermosa tarde muchos niños y niñas a las afueras de una población, cuando oyeron gemidos y llantos lastimeros. Todos callan; pero Pirula desaparece y va corriendo al sitio donde salían los ayes, que era cerca de un grandísimo río, y sin miedo a caerle, ni a nada, ni a nadie, y sólo guiada de sus buenísimos sentimientos y su grande corazón, llega al sitio donde estaba como dormido un terrible cocodrilo (y estos bichos hacen como los hombres cuando quieren devorar). Pirula se asustó, pues no vio ninguna criaturita allí llorando, que era lo que ella creyó al oír los llantos como de niño o de mujer. Pensó: «Ea que se está ahogando algún niño y lloran él, porque se ahoga, y la madre, porque no lo puede salvar». Pero, ¡horror!, fué el cocodrilo que fingía, y se levantó de repente y se trago a la infeliz Pirulita; pero en aquel momento llegaron los demás niños y niñas, que fueron en busca de dos miqueletes que se abalanzaron encima del cocodrilo, y como estaba con la niña entera y acabada de tragar, no pudo escapar. Así que entre todos los amiguitos sujetaron al animal y los dos valientes le abrieron por medio con cuidado, y la niña dió un salto y, llena de gozo, a todos se abrazó. «Pero esto es poco para tu heroísmo», dijeron los niños. «Hay que ir con estos miqueletes, testigos de la hazaña, a que den un premio a la niña». Y así fueron y la presentaron en volandas en la ciudad, que la recompensó con un hermoso lago lleno de cisnes y peces, para que en él jugara ella siempre, puesto que estos animalitos son buenos y no engañan ni hacen daño. «Además, como Pirula es de tan buen corazón, los tendrá gordos y bien lucidos», dijeron todos. Pero ella quiso fuesen para todos. Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

ENRIQUE SÁNCHEZ.

MIS GATOS

(Versos dedicados a los traviesos de mis gatitos.)

CUADRO ÚNICO

PERSONAJES

El gato Periquito y el padre de la gata Dorinda.

La acción, debajo de la mesa. Época actual. Derecha e izquierda de los felinos.

PRÓLOGO

HABLA EL AUTOR

Yo tengo una gatita, llamada Dorindita, muy guapa y carapechana y también muy marrana. Tiene por amiguito a un gato, Periquito, muy malo, algo importuno, pero gracioso y ¡¡tuno!!

Don Pedro el Cruel le llamo, no porque sea tirano, pero que a mi gatita la tiene loca y frita. Pues comer no la deja y la muerde en la oreja. Y un día, por la cordilla, se van a hacer papilla.

Aunque muy ofendida, mi gatita adorada, se defiende y araña con bravura y con saña. Hace unos cuantos días, mi gato, Periquito, al padre de la gata, que le falta una pata, le ha dicho, muy cortés:

PERICO.

Dorinda su hija es, yo la quiero en el alma, y me falta la calma para que sea de otro más granuja y más poltro que este humilde felino, ¡¡que jamás! prueba el vino.

Que nunca compro un puro y que estoy, ¡je lo juro!, en un terrible apuro si no me da su mano.

PADRE DE LA GATA.

Vaya usted, so... ¡¡marrano!! y límpiese el bigote, que si no, del cogote le agarro con mis dientes, pues yo no paro mientes en hacer mil pedazos a los gatos latazos sin carrera ni oficio y sólo el beneficio de dos o tres ratones. Yo quiero boquerones para mi gata hija, y que aquel que la elija ¡¡para que sea su esposa!! no piense en otra cosa que en hacerla ¡¡¡duquesa!!!, darle leche con fresa y comprarle a ella ¡¡sola!! un buen queso de bala, una cama de acero, tenerla cocinero, peinadora y modista... ¡¡¡y un piso en Buenavista!!!

Y nuestro gato le dijo al poco rato:

PERICO.

¡¡¡Miau!!!, señor majadero; guárdese usted su hija, y dale usted con ¡¡¡ija!! que pa mí ¡¡¡no la quiero!!!

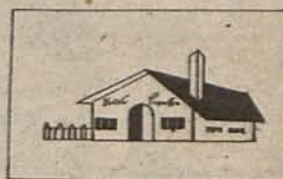
CONSUELO FAJARDO.
Trece años. Madrid.



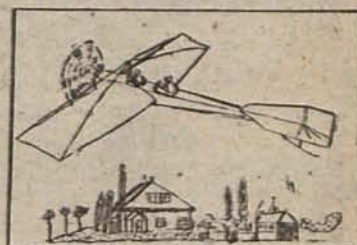
¡Qué simpático es Morronguín!
LOLITA RODRÍGUEZ.—Trece años.



El terror de los Calés.
PAPÍN CÁCERES.



Hotel Pinocho.
LUCÍA CASADO FLORES.—Ocho años.



Un vuelo.
G. M. H.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 103
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscriptores pueden colaborar en esta sección.

Vale por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don.....

(1)

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.



DE LA COLECCIÓN
CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES
PRIMERA SERIE



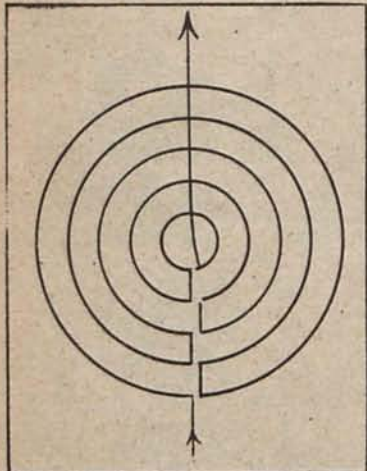
EL VISIR
Y LA MOÏSCA

Precio 6 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.

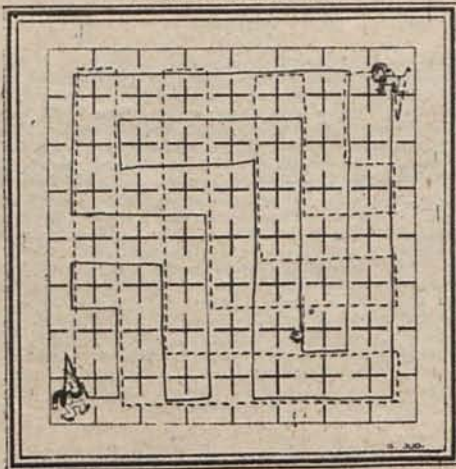
SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE JULIO
NÚMEROS 72, 73, 74 Y 75

SIN LEVANTAR EL LÁPIZ



Como veis, consiste la solución en seguir la línea en la dirección indicada por la flecha.

EL HOMBRE Y EL LEÓN



El trayecto que el hombre ha recorrido es el que va indicado con línea seguida y el recorrido por el león es el que se indica con línea de puntos.

LA VIDRIERA



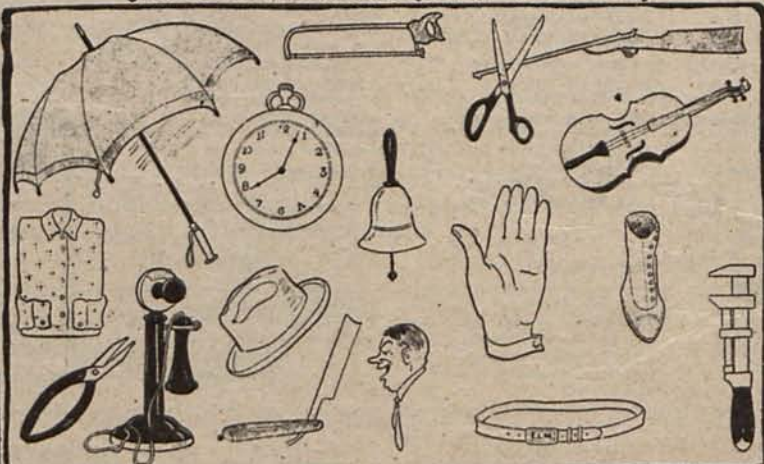
¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



¿CUALES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



1.° El minuterero del reloj es muy largo.—2.° El cuchillo no puede estar así.—3.° Al señor le falta la corbata.—4.° La cuchara está metida en la taza al revés.—5.° La tapa del azucarero tiene el pitón al revés.—6.° Hay un señor que come sin tener nada delante.—7.° Bar está con v.—8.° Hay sin h.—9.° Cerveza con b.—10. Hay un rótulo sin nada y con precio.—11. Consumir con m.

LABERINTO



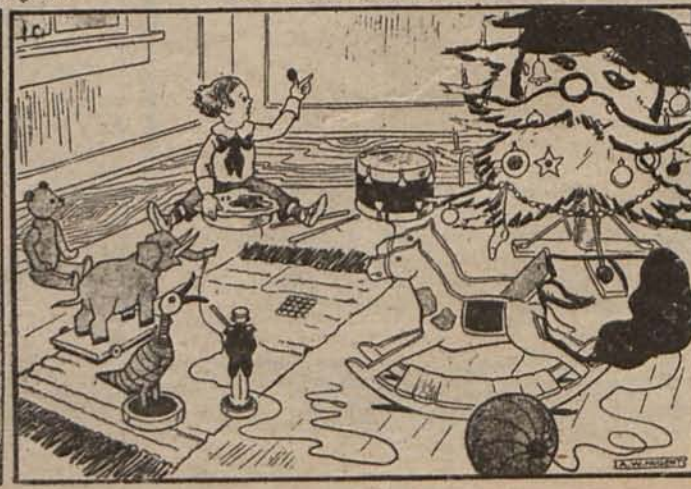
EL CUARTO DE LOS JUGUETES

¡POBRE CORDERITO!



EN LA ERA

tres dedos iguales.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



AMOS a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy? —Háblame de la zorra. De ese animal tan dañino que es el terror de los gallineros. ¿Es una fiera, verdad?

—Sí, querido Chonón, pertenece al orden de las fieras y al género de los mamíferos. Es un animal muy parecido al perro, del que se distingue principalmente porque tiene una cola muy larga y muy poblada.

—Además, el perro es muy manso y la zorra no.

—De todo hay, Chonón. Algunos perros son verdaderas fieras.

—Pero es con las personas que no conocen.

—Conforme.

—Y la zorra no conoce a nadie, de modo que es fiera con todo el mundo.

—Conforme también.

—Sigue, pues, hablándome de la zorra.

—El color de su pelo varía según el país que habita, y se armoniza con el tinte general de los bosques, de las breñas, de los campos y de las rocas. Así, la zorra del desierto es amarilla arenosa, la de las estepas es leonada y la de los países polares es blanca.

—¿Y es muy grande este animal?

—Los ejemplares del Norte miden cerca de dos metros de largo desde el hocico al extremo de la cola. A medida que se descende hacia el Sur, los individuos van siendo más pequeños y más débiles.

—Dicen que es un animal muy desconfiado.

—Desde luego es más desconfiado, más astuto y más reflexivo que los demás animales de su género. Además, ninguno le aventaja ni en agilidad ni en destreza.

—Entonces debe de ser muy difícil darle caza.

—Mucho. A veces no bastan ni lazos, ni trampas, ni armas de fuego.

—¿Y si la hieren?

—Una vez rompieron de un balazo una de las patas a una zorra y el animal trató de huir, pero como le molestaba la pata herida se la cortó con los dientes y emprendió la fuga como si tal cosa.

—¿Es asombroso?

—Y de su astucia, he de decirte que este animal ni siquiera se molesta en construir su vivienda.

—¿Pues dónde vive?

—En las viviendas que construyen los demás. Si el lugar que le conviene está, por ejemplo, habitado por conejos, mata a los moradores de la madriguera y la ensancha después a su gusto.

—¿Qué frescura!

—Otras veces se instala en las magníficas viviendas que construyen los tejones; pero como con este animal no se atreve a habérselas cara a cara, utiliza un procedimiento muy ingenioso para echarlos de su casa.

—Cuéntame, querido buho, que me tienes lleno de curiosidad.

—Como la lucha con el tejón le sería muy desfavorable, se pone de centinela a la puerta de la madriguera e introduce la cola por la entrada de la guarida del tejón. La zorra hace a su antojo que su piel desprenda unos olores insoportables, y como el tejón es un animal cuya pulcritud es proverbial, se ve obligado a abandonar su vivienda para ir en busca de otra en la que no se sientan las molestias de los miasmas que despiden la zorra.

—¿Y es cierto eso de que saquea los gallineros?

—Ciertísimo. En cuanto tiene ocasión penetra en el interior de las granjas y se atreve con todos los animales que encuentre a su paso. Las gallinas, los conejos, los patos y hasta las caballerías son víctimas de la voracidad de esta fiera. En los arroyos cristalinos atrapa con frecuencia truchas y cangrejos.

—Por lo visto le gusta todo y no teme a nada.

—No teme ni al erizo, que es un animal cuyas púas le defienden de la acometividad de sus enemigos.

—¿Y no le teme la zorra?

—La zorra no, porque le ataca por el vientre, que es el único sitio donde el erizo no tiene púas.

—¿Entonces no hay quien pueda con la zorra?

—Hay otros animales que la odian a muerte. Los lobos y los perros, siempre que pueden cogerla, la despedazan.

—¿Qué lástima que no hubiera muchos lobos y muchos perros para acabar con esas fieras!

—Te advierto que los lobos son casi tan fieros como las zorras.

—¿Ah sí? Cuéntame, cuéntame.

—Si te parece lo dejaremos para otro día. Hoy ya hemos hablado bastante.

—Es que tu charla es tan amena, que nunca me parece a mí que ha llegado el momento de que me hayas hablado bastante.

—Pues, por hoy, ese momento ha llegado, querido Chonón. Lo tenemos que dejar para otro día.

—Lo siento; pero ya sabes que no me gusta contrariarte en nada. Hasta otro día.

—Adiós, Chononcito.

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

FALLO DEL JURADO

Primer premio.—Angelito Lafuente Romero. Madrid.

Segundo premio.—Rosario Moretón Merino. Valladolid.

Tercer premio.—Eduardo Maldonado Antón. Madrid.

Cuarto premio.—Ramón Sánchez. San Sebastián.

Quinto premio.—Justo López. Madrid.

ACCÉSITS CON DIPLOMA

Se conceden a los Pinochistas siguientes:

Juan Hidalgo, Cabeza de Buey; Roberto Scarti, Barcelona; Luisita Mendiola, Madrid; Araceli de Juan, Habana; Amalio Huertas, Valencia; Ismael Ramos, Madrid; Rafael Casajuana, Madrid; Benito Ollauri, Bilbao; Esteban Puerta, Sevilla; Ana María de Hontoria, Madrid; Federico Calamarte, Madrid; Ramiro Peñalba, Badajoz; Elisabet R. de Hinstosa, Burgos; Pablo Zazo, Vitoria; Arturo Lluch, Badalona; Ramón Luque, Madrid; Pepito Casals, Madrid; Mercedes Santos, Avila; Ramón Perpiñán, León; Jerónimo Mallén, Zaragoza; Pedro Rubio, Madrid.

Los premios consisten en libros de cuentos de Calleja.

El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número.

ro. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato (para publicarlo en la Revista) y que acredite ser suscriptor, puesto que los no suscriptores quedan excluidos de premios en estos Concursos. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América), deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que le haya correspondido (los suscriptores de América tendrán tres meses para reclamarlo), acreditando asimismo ser suscriptor, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premiado con accésit».

Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses para reclamar sus premios o sus diplomas.

REGALO A LOS AMIGOS

Deseando EL GRAN CONSEJO PINOCHISTA dar una prueba de particular estimación a sus amigos premiados en este Concurso, autoriza a cada uno de ellos para regalar a un amigo o amiga suya un mes de suscripción de nuestro Semanario inmortal, colosal y sin igual. Para esto bastará que el Pinochista premiado nos envíe el nombre y dirección del amigo a quien desee hacer este regalo, y nosotros le serviremos gratis el Semanario durante un mes.

VIDA PINOCHISTA

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS



Eugenio García.
Un lote de libros.



Rafael Serrano Coca.
Un lote de libros.



Antonio T. Argüelles.
Un lote de libros.



Maurique Rodríguez.
Un lote de libros.



Rafael Salorio.
Un lote de libros.



Bruno González.
Un lote de libros.

LOS REGALOS DE FEBRERO

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de Febrero, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a la Srta. Luisita Díez. Santander.
Segundo premio. . . 15 pesetas en libros, a D. Luisito Fillal. Valdepeñas.
Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a la Srta. Lolita Cifuentes. Madrid.
Cuarto premio. . . 6 pesetas en libros, a D. Fernando Miguel. Salamanca.
Quinto premio. . . 4 pesetas en libros, a D. Ricardo Sánchez. Madrid.

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447. Madrid), dentro de los tres meses siguientes a la publicación de este número, indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Juan Manuel Ortiz.—Antonio Rodríguez.—Natividad González.—Recibo, queridos Pinochistas, magníficos trabajos vuestros de «Colaboración» y de «Problemas» con sus cupones correspondientes. Fijáos bien en que los cupones que me enviáis dicen: «Envío del SUSCRITOR D.». Como vosotros habéis puesto vuestros nombres en el lugar de esos puntos suspensivos, yo me he vuelto casi loco buscándoos en las inacabables listas de mis suscritores y no he conseguido encontrar vuestros nombres. Vosotros creéis, sin duda, que el ser suscriptor consiste en comprar mi Revista todas las semanas. Y no es eso, queridos amigos míos, a pesar de que os cuesta lo mismo. Para suscribirse basta con que os dirijáis a la Administración enviándole el importe de un año, o de un semestre, o de un trimestre de suscripción, y desde ese momento seréis suscritores con todos los derechos de los demás y disfrutaréis de todas las ventajas que lleva consigo el hecho de ser suscriptor. Muchas veces he explicado ya por qué la «Colaboración Infantil» y el tomar parte en los «Concursos de problemas y pasatiempos» y el entrar en los «Sorteos de regalos» son ventajas exclusivamente reservadas a los suscritores, así como muchas otras. Os abraza cariñosamente.

Sebastián Plaza Cortés.—Nada, absolutamente nada que sea un anticipo del fallo del Jurado de Pasatiempos puedo comunicarte, querido Pinochista. Esto tú mismo lo debes comprender. Hay que hacer, cuando llegue su tiempo, un detenidísimo examen de todos, absolutamente de todos, los trabajos recibidos, y entre todos hay que seleccionar los más acabados, los más exac-

tos, los más perfectos, para adjudicarles los premios. Si las soluciones que tú has enviado cumplen con esas condiciones de perfección, no dudes de que el Jurado las tendrá muy en cuenta para fallar en justicia, como siempre tiene por invariable norma. Abrazos de todos.

Carmencita Suárez Yáñez.—Tus dibujos y tus cuentos son lindísimos. Sobre todo el cuento de «Pirula, modista»; es un prodigio en su fondo y en su estilo. Pirula se siente orgullosísima de contar con una amiguita tan inteligente como tú. Excuso decirte que ha entrado en turno, lo mismo que los demás trabajos tuyos, para publicarlo en mi Revista. Muchísimos abrazos de Anita, Pirula, Laura y demás amigas que tanto te quieren.

Pepito Mediano.—Siento muchísimo no poder publicar tu precioso cuento, pero el acuerdo del Gran Consejo Pinochista de que sólo pueden colaborar en mi Revista los suscritores, me impide, bien a pesar mío, darlo a la publicidad. ¡Cuánto lo siento, querido Pepito! Abrazos.

Pinocho

A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez PINOCHO sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a Pinocho y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a Chapetel!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

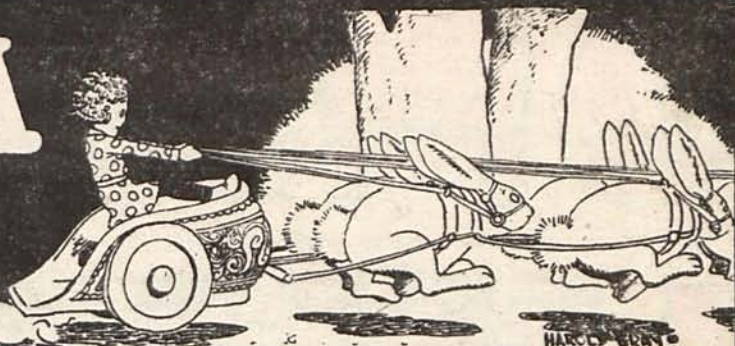
Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo
(Firma.)

MI DIRECCIÓN ES:

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GRAY

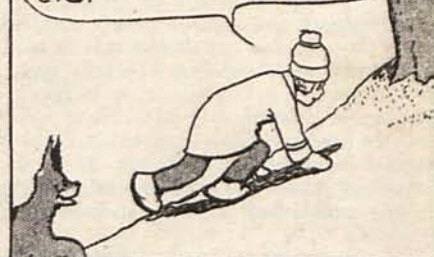
DIEZ SEMANAS HACE HOY QUE ME CAÍ DEL TRAPECIO Y HOY ES EL PRIMER DÍA QUE ANDO DESDE ENTONCES



AÚN ME ENCUENTRO ALGO DÉBIL. POR ESO ME DIJO EL MÉDICO QUE NO ANDUVERA DEMASIADO HASTA QUE PASARAN UNOS DÍAS



¿PERO COMO SE VAN A FORTALECER MIS PIERNAS SI NO LAS USO? LO QUE YO NECESITO ES MUCHO EJERCICIO.



¡QUÉ HERMOSO ÁRBOL PARA TREPAR POR ÉL! PERO AÚN NO ME ENCUENTRO LO SUFICIENTEMENTE FUERTE PARA UNA EMPRESA ASÍ!



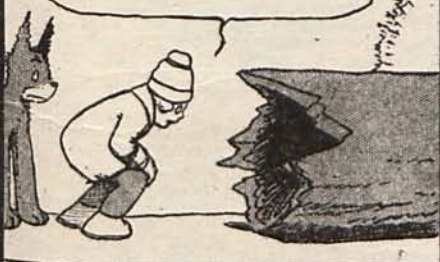
¡PARECE MENTIRA QUE DIEZ SEMANAS DE CAMA SIN HACER ABSOLUTAMENTE NADA, LE DEJEN A UNA TAN DÉBIL!



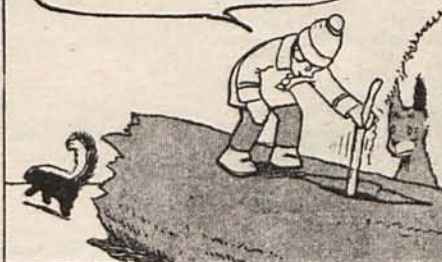
PARECE QUE ME TAMBALEO MUCHO AL ANDAR. NO QUIERO CANSARME MUCHO EL PRIMER DÍA. IREMOS CUESTA ABAJO PORQUE CREO QUE ASÍ NO ME HARÁ DAÑO EL ANDAR



¡CARAMBA! ¿QUE HABRÁ DENTRO?



BUENO, NO HURGAREMOS DEMASIADO PORQUE A VECES LA CURIOSIDAD ES UN PELIGRO



ESTOY UN POQUILLO MAREADA, PELUCHO. NO DEBIA HABER VENIDO TAN LEJOS EL PRIMER DÍA. Y LO PEOR ES QUE TENEMOS QUE VOLVER ANDANDO.



¡AH! ¿DE MODO QUE ESTÁS AHÍ? ¡TE ANDABA BUSCANDO!



¡HOLA, PADRINITO!

¡COMO ME ALEGRO DE QUE HAYAS VENIDO! ¡ESTABA YA MUY CANSADA!



¡NO SE SABE LO QUE VALE UNA COSA HASTA QUE SE PIERDE! ¡AHORA ES CUANDO ME DOY CUENTA DE LO UTILÍSIMAS QUE SON LAS PIERNAS! ¿VERDAD, PELUCHO?



¡GUAY!

ASI EMPIEZA "LAS JUGARREIAS DE CHAPETE"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astado rival de trapo.)

I

SEGUNDA PARTE DE «PINOCHO EN BABIA»

El fantástico reino de Babia atravesaba un período de animación sin precedentes, y sus habitantes, los babiecas, nadaban en un mar de alegrías y fiestas continuas. Todas estas alegrías, todas estas fiestas eran debidas a que Babia tenía ya su rey.

Terminado el famoso concurso presidido por los siete tontos de Babia, había sido proclamado y elegido rey el larguirucho Tontolín, el de la cabeza afechinada; y en los días en que comienza esta singular historia, se procedía con gran solemnidad a las fiestas de la coronación.

Dígame lo que se quiera, lo cierto es que los babiecas supieron, en aquella ocasión, manifestar cumplidamente su entusiasmo y su contento por haber hallado un soberano digno de ellos.

Los festejos, que duraron treinta días, fueron magníficos en verdad; y tan variados que apenas puedo recordar, en este momento, la centésima parte de ellos. Recuerdo que hubo carreras de ministros en las que, naturalmente, se le concedía el primer premio al que llegaba el último a la meta. Hubo concursos de natación a los que sólo eran admitidos los mocosos. En la plaza pública se daban grandes conciertos por orfeones de sordo-mudos y por orquestas magníficas. Ahora que estas orquestas estaban compuestas por cencerros y zambombas, únicos instrumentos musicales conocidos en aquel país.

También obtuvieron grandes éxitos los fuegos artificiales quemados a las doce del día, puesto que, según opinión de los más autorizados babiecas, de noche no se hubieran podido ver.

Finalmente, todos los colegios de Babia celebraron concursos entre los alumnos con reparto de premios a los más desaplicados y los más tontos. Y os aseguro que los profesores se vieron negros para elegir los merecedores de dichos premios, pues casi todos eran dignos de ellos.

De todos los festejos que se celebraron en Babia por la coronación del nuevo soberano, los más importantes fueron, sin duda alguna, los del palacio real. Llegaban los invitados, damas y caballeros de la corte, todos vestidos de negro, con caras muy compungidas y, una vez en el salón de fiestas, se sentaban todos, inclinaban la cabeza sobre el pecho, vertían raudales de amargas lágrimas y lanzaban suspiros capaces de mover las aspas de cien molinos, todo esto acompañado por los acordes de una marcha fúnebre tocada por un cuarteto de zambombas. En una palabra: se divertían locamente, a la manera babieca.

Todos estos festejos tan divertidos y animados sirvieron, naturalmente, para que el pueblo sintiera un gran cariño por el nuevo rey: y los retratos de Tontolín III llenaban todos los periódicos y revistas ilustradas. En ellos veíase a S. M. en las posturas y ocupaciones más distinguidas: dando vueltas a una noria, tirando de un coche a la *Grand D' Aumont*, yendo a la compra con la cesta al brazo, jugando al chito o a la rana.

Mientras todo esto ocurría, si los babiecas hubieran sabido utilizar sus ojos para algo más que mirar a las musarañas y sus cabezas para otra cosa que ponerse el sombrero, habrían advertido la extraña presencia de cierto individuo chato, rechoncho y de mirada torva, que parecía estar en todas partes y cuya actitud era sospechosa en grado sumo. Aquel individuo asistió a todas las fiestas, conciertos y concursos; aquel individuo estaba tan pronto en palacio como en las calles o en las plazas; aquel individuo leía infatigablemente todos los periódicos y revistas de la ciudad y se fijaba detalladamente en todos los retratos de S. M. Tontolín III.

¿Quién era aquel misterioso personaje?

¿Por qué seguía tan atentamente todos los pormenores de la coronación del nuevo rey de Babia?

¡Misterio!

II

QUANTA razón tendréis, lectores y amigos míos, al enfadaros conmigo! Porque supongo que os preguntaréis con justa indignación: ¿qué ha sido de Pinocho? ¿Es que se ha olvidado usted de Pinocho? No, no le he olvidado ¡no faltaba más! Y la prueba es que vamos a volver corriendo, corriendito en busca de nuestro admirado y querido muñeco.

Como dijimos en la primera parte de esta historia, Pinocho fue encerrado en un manicomio, o casa de listos, por el delito de querer demostrar al pueblo babieca que él era un hombre —quiero decir, un muñeco— listo e inteligente, lo que entre aquellos idiotas era considerado como un caso de locura.

Cierto es que la situación de nuestro héroe no era para asustarnos, no era ni podía ser desesperada; dados los recursos de que

disponía el intrépido aventurero y lo acostubrado que estaba a verse en las peores situaciones, ¿qué podría significar para él una fuga más o menos?

No obstante, Pinocho estaba fastidiado. Eso de verse encerrado estúpidamente en un manicomio le traía a mal traer, y la verdad me fuerza a confesar que, mientras meditaba un plan de evasión, el héroe admirable se mordía los puños de rabia.

Aquella tarde se paseaba por el jardín de la Casa de listos meditabundo y cabizbajo, contemplando las raíces de los rosales que se erguían fuera de la tierra mientras las flores permanecían enterradas —porque en Babia los jardineros siembran las semillas al revés— y al comprobar esta nueva muestra de la estupidez babieca, Pinocho sufría en nombre del sentido común y de la lógica, y repetía:

—¡Pero qué brutos y qué idiotas son!

De pronto fue interrumpido en sus reflexiones por una voccecita conocida y amada que parecía descender de las nubes. Pinocho levantó la cabeza y lanzó un grito de sorpresa y alegría: era Pifa.

Pifa, sí, la gentil pajarita de los Reyes Magos, la amiga predilecta de todos los niños buenos, la amiga entrañable del muñeco heroico que, en verso, según su graciosa costumbre, le saludaba en esta forma:

—¡Caramba!, buen Pinochin.
¿Qué haces en este jardín?

No podría daros ni una vaga idea del júbilo de Pinocho al ver a la adorable pajarita. Con la cabeza hacia atrás, como se hace para mirar los aeroplanos, exclamó:

—¡Ay Pifa!, gentil Pifita, ¿qué afortunada casualidad te trae por estos lugares?

Y Pifa contestó:

—He venido a visitar
a los chiquillos de Babia,
pero son todos tan tontos
que me voy llena de rabia.

Como puede verse, a Pifa le hacen poca gracia los niños tontos. Conque ¡jojo al cuento!

Pinocho se apresuró a contar a la pajarita su intención de regenerar a los babiecas y que éstos, en lugar de agradecerse y seguir sus buenos consejos, le habían encerrado en aquella casa de listos.

Pifa escuchó todo aquel triste relato con el piquito apoyado en la patita izquierda y su corazón de pajarito metido en un puño; y cuando Pinocho acabó de hablar, le miró fijamente con sus ojitos redondos y brillantes, y dijo lanzando un suspiro profundo:

—Y aun no sabes lo peor,
Pinochito encantador.

—¿Lo peor? ¿Es que hay algo más? ¿Qué ocurre? —interrogó el muñeco con cierto sobresalto.

Sé que el pérfido Chapete
siempre más malo que siete,
está en Babia el muy zoquete
para ponerte en un brete.
¡De más buena gana le daba
un cachete...!

Al oír esto Pinocho dio un salto de cinco metros.

—¿Como? ¿Qué dices, Pifa? ¿Chapete está aquí?

—Aquí está, como te digo,
tu antipático enemigo.

—¡Ah! ¡Oh!, ¡miserable! ¡Nos veremos las caras! —vociferaba Pinocho.

Y empezó a pasear de un lado a otro como pasean los tigres en las jaulas. Pifa, consternada, le miraba moviendo su cabecita de arriba abajo. Al fin preguntó con su dulce voccecita:

—Pinocho, ¿qué es lo
que ideas?
No des vueltas, que
mareas.

Pinocho se paró en seco y al punto recobró toda su admirable serenidad; la llama de una firme resolución brilló en sus pupilas; extendió un brazo y con voz de trueno declaró:

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe LAS JUGARREIAS DE CHAPETE, y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.

